

Medio	La Nación
Fecha	10-06-2010
Mención	Columna de opinión del académico de la Facultad de Educación, Javier Corvalán. Habla acerca de un estudio de la UAH en desarrollo que revela que escuelas tienen alumnos estables a pesar de los resultados Simce y muchas familias no han intentado o logrado cambiar a sus hijos de establecimientos de bajo rendimiento.

► OBSERVATORIO UNIVERSITARIO



Javier Corvalán R.

Académico Facultad de Educación Universidad Alberto Hurtado

El debate sobre el semáforo de la educación

DESDE HACE 30 años el sistema educacional está regulado por un mecanismo de competencia: la idea es que las escuelas compitan por captar alumnos y las familias compitan a su vez por lograr cupos para sus hijos en los mejores establecimientos. Si ambas cosas sucedieran de manera regular y constante, el sistema tendría una dinámica virtuosa y, finalmente, las escuelas de bajo rendimiento, debido a la pérdida de alumnos, se verían enfrentadas a mejorar o desaparecer. Por su parte, las buenas escuelas tenderían a aumentar su matrícula. Todo bien, en teoría. Sin embargo, después de décadas de competencia y de puntajes Simce informados públicamente, se observa que estos procesos competitivos y sus efectos virtuosos son realidades sólo parciales. Una investigación actualmente en desarrollo en la Universidad Alberto Hurtado

muestra dos hechos en contrario. El primero es que en el sistema educacional hay numerosas escuelas que han tenido cantidades estables de alumnos, independientemente de sus resultados Simce. El segundo, que miles de familias cuyos hijos asisten a colegios de bajo rendimiento no han intentado o no han logrado cambiarlos de establecimiento.

Estas constataciones llevan a mirar con suspicacia una política que sustente el mejoramiento del sistema sobre la base de la competencia y de la información Simce entregada a las familias. Junto a ellas hay al menos otros cuatro argumentos para dudar de la eficacia de la medida propuesta.

Primero, la evidencia internacional demuestra que la mayor parte de los sistemas que reúnen equidad y calidad educativa no se sustentan en regulaciones competitivas. Esto no quiere decir que, en tales sistemas educativos, no haya competencia entre las escuelas por prestigio y por resultados, pero no se plantea a la competencia como la panacea y columna vertebral de un sistema educacional.

Segundo, tenemos un problema de temporalidad. La investigación ya citada demuestra que hay familias que se cambian. Es plausible que con la cartilla

de colores estos cambios se aceleren algo, pero la lentitud de los mismos hace que deban todavía sacrificarse varias generaciones de alumnos y familias recibiendo una educación deficitaria. La pregunta aquí es si hay alternativas más rápidas y directas para mejorar las escuelas de bajo rendimiento.

Tercero, no es lógico pensar que las familias enviarán a sus hijos a un establecimiento sólo por el resultado del Simce. Diversos estudios demuestran que si bien es cierto lo académico es un atractivo para las familias, también lo son la cercanía, la seguridad, el clima de la escuela y la satisfacción que los padres perciben en sus hijos. Algunos de estos factores son especialmente sensibles para sectores socioeconómicos vulnerables.

Cuarto, en el sistema educativo chileno existen grandes impedimentos para los procesos de elección y cambio de escuela: la mayoría de los establecimientos particulares subvencionados tienen financiamiento compartido y en algunas áreas urbanas ésta es la situación del 70% de los establecimientos escolares. Muchas familias sabrán por los colores de la cartilla que recibirán que sus hijos asisten a colegios de bajo rendimiento, pero sus opciones de cambio estarán fuertemente restringidas por su capacidad de pago. Los puntos verdes de la cartilla sólo serán válidos para las familias con cierta capacidad económica, en tanto las más pobres deberán conformarse con transitar, si es que lo hacen, sólo entre puntos rojos.

Miradas las cosas así: ¿no parece no sólo más sensato, sino también más eficaz que el Estado se empeñe en mejorar, como lo muestra la literatura internacional, las escuelas de bajo rendimiento, en lugar de promover la fuga de sus alumnos de ellas? Esto implica también otro rol del Estado, no sólo el de informar y poner incentivos o castigos a los actores del sistema educacional, sino de transmitirles confianza, en especial a las escuelas de bajo rendimiento, en términos de que mediante apoyos pedagógicos y nuevos insumos, ellas puedan mejorar sus resultados académicos.

